

Editorial

De vuelta a la normalidad en Colombia: ¿Qué pasó con la paz?

“La humanidad está resurgiendo luego de la crisis que significó el Covid 19”, es una afirmación que encuentra sustento en el avance que han venido mostrando gran parte de los gobiernos del mundo respecto al manejo de la crisis sanitaria a causa de la pandemia. Europa y por supuesto Estados Unidos han abanderado la lucha gubernamental por la inmunización de la población ante la reciente variante de Coronavirus, por lo que ahora es normal enterarse, por medio de las redes sociales o en notas periodísticas de televisión y radio, que en diversas partes del mundo ya no es obligatorio el uso del tapabocas en espacios cerrados. Una medida que, si se recuerda bien, junto con el lavado constante de manos y la cuarentena, representó la gran defensa de la humanidad ante la nueva enfermedad.

En Colombia la población aún debe usar tapabocas siempre que salga de su hogar, lavarse las manos constantemente y esperar lo mejor mientras llega su turno para ser vacunada. Actualmente, el país reporta más de veintisiete millones de vacunas aplicadas, las cuales representan alrededor de doce millones de personas que han completado el esquema de inmunización. Lo anterior, debido a que la aplicación de vacunas en el país ha sido principalmente de biológicos desarrollados por laboratorios que recomiendan un total de dos dosis para lograr la anhelada protección.

Con todo, en símil con el resto del mundo, en Colombia los viajes, los comercios y demás sistemas cotidianos se están reactivado, por lo que justo ahora es prudente preguntarse si por fin, tras más de un año del caso cero del mencionado coronavirus en el país, se está ad portas de volver a la normalidad. Puede que falte poco para ello, en todo caso la cuarentena parece cosa del pasado y las personas salen a la calle sin miedo a la enfermedad cada vez más. Sin embargo, hay una normalidad de la cual no logramos extraernos ni siquiera en medio de la pandemia.

En números pasados de la Revista Ciudad Paz-ando, a través de este mismo espacio editorial, se expresó que la crisis sanitaria desnudó tan variadas e importantes situaciones irresolutas del país frente a la inequidad social, el acceso a la vida digna de los colombianos y la violencia que, cuando el mundo retornase a la normalidad, la nación no debería olvidarlas y empezar a trabajar por su resolución. Por ello, era natural pensar que una vez el país estuviese inmunizado sería consecuente volver a observar escenarios en donde los colombianos exigiesen cambios estructurales a la realidad social. No obstante, no fue así: no hubo que esperar tanto tiempo.

El gobierno de Iván Duque, presidente electo para el periodo que comprende del año 2018 al 2022, ha sido escenario de varias situaciones álgidas en torno a la protesta social: el paro universitario del mismo año de su posesión (octubre a diciembre de 2018), la jornada de protestas que tuvieron lugar finalizando el año 2019, en donde resultó muerto Dilan Cruz debido al actuar de uno de los agentes del Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD). Luego las protestas que se suscitaron en septiembre de 2020 debido a la muerte de Javier Ordoñez a manos de la Policía Nacional, junto con la posterior conmemoración del Paro el 21 de noviembre del mismo año, ambas situaciones ya en medio de la cuarentena en el país a causa del Covid 19.

Así las cosas, no es extraño que luego del anuncio del gobierno nacional de modificar el régimen tributario a través de lo que se nombró como Ley de Solidaridad Sostenible, algo que entre otras cosas gravaba con el Impuesto de Valor Agregado (IVA) varios productos de la canasta familiar junto con otros elementos y servicios que hasta el momento no cuentan con tal gravamen, los colombianos volviesen a las calles en el marco de la protesta social. Un hecho peculiar debido a su gran magnitud y a que se presentó cuando ya todos sabían muy bien el riesgo que suponían las aglomeraciones debido al virus, pero que con todo llevó a cientos de miles de los habitantes del territorio nacional, armados con el consabido tapabocas, a reunirse en multitudinarias manifestaciones en las grandes ciudades y carreteras del país en exigencia de cambios estructurales sobre las asimetrías sociales, el manejo gubernamental de la pandemia y por supuesto la exigencia de derogar el proyecto de reforma tributaria, además de otras que se levantaban sobre el régimen pensional y de salud en Colombia.

El estallido social en el país deja hasta el momento un gran acervo de consecuencias. Dentro de ellas, alrededor de 75 fallecidos, entre ellos por lo menos 42 civiles y dos policías; cerca de 600 personas desaparecidas; 1.700 detenciones arbitrarias; 25 casos de violencia sexual; y 3.700 casos de violencia policial. Algo particularmente incidente hoy, después de un mes de que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) ratificara que el gobierno nacional respondió de manera desmedida a la protesta social en el país.

Poco a poco los titulares de los diferentes medios de comunicación han venido abandonando la multitud de notas respecto al Covid-19 en el mundo, retornando a los conocidos reportajes acerca de la violencia nacional. Las noticias que referían directamente al conflicto armado, que fueron desapareciendo entre los años 2016 y 2018, poco a poco devuelven nuevamente la mirada a los colombianos. Según Indepaz, a lo largo del 2020 se presentaron un total de 90 masacres en el país, mientras que en lo que va del 2021 se reportan 60, junto con 103 líderes sociales y defensores de Derechos Humanos asesinados.

Este es un panorama que se torna aún más preocupante al tomar en cuenta que el pasado 19 de julio, aproximadamente 4.000 personas fueron forzadas a abandonar su hogar en Ituango (Antioquia) debido a amenazas de grupos armados al margen de la ley; fenómeno que, de la mano de informes de la Agencia de la ONU para los Refugiados (ACNUR) y de la Internal Displacement Monitoring Centre (IDMC), recuerda que Colombia sigue siendo parte del grupo de países que reportan el mayor índice de desplazamiento forzado en el mundo, y el primero respecto al desplazamiento forzado interno.

Hoy casi cinco años después de la firma de los Acuerdos de Paz en la Habana en 2016, con todo lo enunciado anteriormente y paradójicamente gracias a la crisis sanitaria que permitió observar a fondo las diferentes problemáticas sociales del país, es lícito preguntarse ¿qué pasó con la paz?, y aún más importante ¿cómo continuar con su construcción y defensa? Efectivamente la pandemia poco a poco parece ceder, lo que le está permitiendo al país retornar a la normalidad que, contrario a lo que se puede pensar sobre la violencia que parece no querer dejar escapar a Colombia, desde el Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano (IPAZUD) se traduce en la necesidad latente y permanente de continuar defendiendo la paz.

¿Qué traemos en la edición 14.2 de la Revista Ciudad Paz-ando?

El dossier de este número inicia con un artículo, autoría de Marisol Raigosa, Christian Correa, Jihed Beltrán y Paula Andrea Contreras, en donde se analizan y exponen los diferentes repertorios políticos construidos a través del arte que asumen los jóvenes, pertenecientes a la Red Somos Generación de Verdad Macro territorial Bogotá (Soacha) de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV), en el marco del agenciaamiento de la realidad local. La segunda entrada de esta sección llega de la mano de Karin Suarez, quien presenta una revisión documental sobre los diferentes conceptos y comprensiones asociados a la reconciliación, enfatizando en el importante lugar de esta última en la labor que supone la construcción de Paz.

A renglón seguido, Cristian Urbano, María Margarita Villota y Luisa Fernanda Ramírez comparten un documento sobre el estado del arte de Programas de Intervención Escolar, con el fin de exponer su relevancia frente a los procesos de Educación para la Paz, la Convivencia Escolar y la Resolución de Conflictos. El cuarto texto, escrito por Isabel Cristina España, busca indagar en los aportes de la Misión de Apoyo al Proceso de Paz de la Organización de los Estados Americanos, respecto al proceso de justicia transicional en Colombia. Finalmente, cerrando la sección Dossier, Ana Lyda Melo y Nelson Molina presentan un interesante artículo fruto del análisis sistemático y la meta-síntesis de un total de 56 investigaciones, con el fin de ahondar en la identidad y reintegración de excombatientes y veteranos de guerras civiles en el mundo.

En esta edición, la sección Pensando Regiones inicia y termina con un documento que analiza las luchas por la memoria en torno a la figura del coronel Rogelio Ramos Correa y los hechos violentos ocurridos el 28 de mayo de 1988 en la vereda Llana Caliente, ubicada en San Vicente de Chucurí región del Magdalena Medio. Un texto que aborda la lucha por la memoria entre las Fuerzas Militares del Estado y el Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado, y con ello el emplazamiento de memorias oficiales y extraoficiales en los territorios del país.

La siguiente sección de este número de Ciudad Pazando, llamada Voces Otras, se constituye de dos artículos. El primero, de la autoría de Fernando Bravo León, expone la relación de la memoria y la historia como parte de una antropología política de la historicidad. Para ello, aborda las consecuencias de la relación del tiempo y la acción a través de la obra de Paul Ricoeur. En el segundo documento, sirviéndose de un diseño de investigación cualitativo y la revisión documental, Fernando Gazca reflexiona sobre las prácticas de cimarronaje femenino como resistencia a la violencia colonial y la opresión de género, ambas ejercidas sobre las mujeres esclavizadas durante el Siglo XVIII en la Nueva Granada.

En esta ocasión, la Reseña de Ciudad Paz-ando está dedicada a “Paisajes Inadvertidos. Miradas de la guerra en Bogotá”, un libro publicado en el año 2019 por el Centro de Memoria, Paz y Reconciliación que expone las incidencias que ha tenido el conflicto armado en la capital del país, analizando particularmente las relaciones de la violencia con la configuración de los paisajes e imágenes que suscita la cotidianidad capitalina en sus habitantes.

Finalmente, en la sección de Entrevista se encuentra la transcripción de un interesante diálogo que sostuvo el equipo del Instituto para la Pedagogía, la Paz y el Conflicto Urbano – IPAZUD con el profesor Adrián Serna Dimas, alrededor de su más reciente publicación “Los hombres entigrecidos. Hecho colonial, mitología nacional y violencia en la cuenca media del río Magdalena, Colombia”, muy a propósito de las representaciones e imaginarios sociales sobre los pueblos indígenas en el marco de las protestas sociales en el país durante la primera mitad del año 2021.

Agradecemos a todos nuestros autores, evaluadores, colaboradores y miembros del comité científico y editorial, quienes junto con el equipo del IPAZUD hacen posible que Ciudad Paz-ando continúe con la importante labor de preservar y difundir los avances investigativos respecto a temas tan importantes para el país, más aún hoy cuando Colombia empieza a retornar a una normalidad que significa, entre otras cosas, no permitir que se pierdan los avances que habíamos conseguido en el camino a la paz.

JEFFERSON ARLEY DÍAZ MESA
EDITOR
REVISTA *CIUDAD PAZ-ANDO*